

PRIMER LUGAR

LOS ALUMNOS MAS BRUTOS SON LOS QUE MUEREN

Egon Alvarez

I

El lunes por la mañana, presentí que me esperaba una muy buena semana.

Pese al inicio, mi corazonada no perdió fuerza.

Resumen de ese día lunes: mi jefe me reprende a las ocho treinta y cinco de la mañana porque llego cinco minutos tarde. Repite la reconvención a las doce del día y cuando le digo ya haber recibido castigo verbal por mi retraso, él asegura no recordarlo y me llama *mentiroso*. Ocupo la media hora de mi almuerzo en ordenar unas cajas de zapatillas chinas y vuelvo a trabajar, con mi estómago digiriéndose a sí mismo. A las cuatro de la tarde una señora entra a la tienda, reclamando por unos zapatos recomendados por mí para aliviar sus juanetes. A las cuatro cincuenta y cinco mi jefe dice tener dos noticias para mí, una mala y otra más mala: ha tenido que regalar un par de zapatos a la señora y serán descontados de mi sueldo. A las siete de la tarde cierro la cortina de la zapatería y en vez de recibir las gracias, mi jefe dice "mañana llega más temprano" y por último, mi madre llama para preguntarme cómo me va en Antofagasta.

-No estoy en Antofagasta-digo-. Estoy en Santiago.

El martes siguiente me levanté, encendí el televisor y aunque las noticias de la mañana mostraron a un bebé abandonado en un basurero y roído por ratas, ni siquiera por eso cambié la sonrisa con la que había amanecido.

Mi madre llamó para decirme "hijo, no llegues tarde a la universidad ¿Cómo andan los mapas allá en La Serena? Acá en Puerto Varas, tu papá y yo apostamos todos los días en el casino".

Ah, por cierto. Ella piensa que yo estudio cartografía en la universidad.

Cuando pasé por la recepción, bicicleta en mano y presto para ir a mi trabajo en calle Franklin, le hice un gesto de saludo al conserje y él me dijo algo acerca de los *gastos comunes*.

-Hable con mi mamá-dije yo-. Y de paso dígame que me eximí de... de *Mapas III*.

Monté mi bicicleta y en el trayecto hacia mi trabajo, aunque las señalizaciones y luces verdes estaban a mi favor, cedí el paso a todos los peatones. Cuando les daba la preferencia acompañada de una sonrisa, ellos respondían apurando el paso y evitando mirar mi rostro.

II

Es bueno hacer trámites cuando se es mayor de edad.

Imaginemos padres adinerados. Confían en ti y no les gusta entender explicaciones. Supongamos que uno podría pedirles dinero para fabricar gas mostaza y ellos seguirían calculando sus ganancias, diciendo "sí, claro hijo, aquí está mi billetera... saca lo que necesites". Si todo lo anterior se conjuga, entonces se comprende mi interés por hacer trámites a partir de mi mayoría de edad.

Al principio dije "Papá, mamá... voy a estudiar antropología en Valdivia".

Y ellos decían a sus amigos "no sé... está en algo así como arqueología".

Después fue geología en Concepción, pedagogía en Temuco, acuicultura en Osorno, agronomía en Talca y por último cartografía en Santiago.

Ellos siempre hablando de un hijo estudiando otras cosas. Yo mismo los escuché mencionar a ese hijo cursando una carrera muy distinta a la "mía". Llegué a pensar en no ser hijo único. Pero no. Siempre era yo. A través de las palabras, mis padres me desdoblaban en distintas ciudades, carreras y personalidades.

Tenía buenas notas, los profesores los llamaban para felicitarlos, hasta enviaban cartas con membretes de universidades de nombres tales como Universidad Simpsons, Universidad Van Halen, Universidad Inter de Milán, Universidad ACME, Universidad Mall del Centro, Universidad Teniente Bello, entre otras.

Un día sumé todo el dinero invertido por ellos en mí y alcanzaba para los sueños de muchos santiaguinos: automóviles nuevos, muchos pies para departamentos, techumbres reforzadas, calefacción moderna, liposucciones y muchas sesiones de resonancia magnética para pulverizar cincuenta kilos de cálculos renales o aliviar un centenar de tendinitis.

Hasta podría haber fundado una ONG para alimentar perros desnutridos.

O para cuidar hijos abandonados en la basura.

Como ese de las noticias, el de las ratas royéndole la comisura de los labios, donde había trazas del último amamantamiento de su madre antes de dejarlo dentro de un contenedor. Aquello demuestra lo que leí alguna vez, en un *graffiti* de un baño público: "los padres, pese a sus más sinceras y nobles intenciones, están destinados a arruinarle la vida a sus hijos".

III

De tanto dar el paso en las esquinas, llegué el día martes a las nueve y catorce minutos. Mi sonrisa mantenía el mismo arco de la mañana.

Mi jefe dijo: "Hoy llegas más tarde que ayer. Yo te dije que llegaras más temprano. Pero llegaste más tarde".

-Toma-siguió diciendo, entregándome un cartel que decía *Se necesita vendedor*-. Ponlo en la vitrina, delante de esas botas de invierno.

No me dijo nada más en todo el día

Cuando estaba en la vereda, tratando de arrear clientela hacia el local, algunos tipos se me acercaban, preguntándome por el trabajo. Yo les decía que no era buena idea llegar atrasado, pero fuera de eso estaba bien. Lo que más les interesaba sondear era la paga. Todos decían lo mismo cuando yo revelaba mi sueldo.

-Y eso que eres su hijo. ¿Cierto? Porque eso dice el nombre del local al menos.

"Zapatería Eusebio e Hijo".

Al principio no respondí, pero ya después fui diciendo un tímido "sí, claro".

Y después, sin que don Eusebio escuchara, invitaba a los clientes a pasar a la zapatería de "mi papá".

-Nosotros invitamos, ustedes pagan-iba diciendo.

Una señora me compró unas sandalias porque yo hablaba muy bien de don Eusebio.

-La juventud en estos días, se avergüenza de sus papás-dijo ella.

Otro cliente se conmovió con la descripción que yo hacía de mi jefe. Dijo que iba a mandar a su hijo a ver como me comportaba.

-Para que aprendan como son los hijos de verdad.

Al llegar la hora de cierre, cuando yo con mucho esfuerzo bajaba la cortina y mi jefe contaba su dinero, esperando por el *clic* de los candados para irse tranquilo a casa, me animé a oficializar lo que durante el día había ido anunciando a la clientela.

-Don Eusebio... sé que no soy el mejor empleado... bueno, soy el único aparte de usted... también sé que soy el más nuevo... bueno, no hay nadie más aparte de usted y yo.... y soy el más impuntual... bueno, pero usted sabe... don Eusebio: ¿puedo adoptarlo como mi padre?

-¿Y qué le pasó al tuyo? -dijo él, contando sus ganancias del día y mirando hacia todos lados, mientras clasificaba los billetes entre los dedos de ambas manos.

-Bueno...

-Ya... ya...ya... veinticinco, treinta y cinco...-dijo él, escupiendo sus dedos y contando su dinero, con sus pupilas fijas en los ojos de los personajes ilustrados en los billetes. A ratos era hipnotizado por Gabriela Mistral, pero por lejos, quien causaba más efecto era Arturo Prat. Sin embargo, interrumpió su contabilidad para darme una respuesta:

-Sí, sí..., pero llega más temprano... ¿qué me estabas diciendo?... cuarenta y cinco...

Y se alejó, cantando cifras de miles de pesos y no muy consciente de su reciente adopción.

IV

Una vez marqué el número de mi casa en Puerto Varas y contestó mi madre. Haciéndome pasar por un profesor de la Universidad ACME, pregunté si acaso estaba su hijo. "Voy a ver", dijo ella. Yo escuché cuando le preguntó a mi papá cuál era mi dormitorio. Mi padre llamó a una empleada y ella les notificó de mi ausencia. De mis estudios. De mis cambios de ciudad. Siguió hablando mucho de mí, tanto, que mi madre le ordenó tomar la llamada y atender al "caballero de la universidad".

La empleada y yo hablamos durante media hora acerca de mí. Se mostró orgullosa cuando dije: "Este joven es muy prometededor. Debe estar orgullosa".

-Yo siempre supe que le iba a ir bien, caballero.

V

A él no le gusta que lo llamen ni padre, ni papá, ni taita, ni progenitor, ni *pa*.

-Muy atento su hijo, don Eusebio-dijo el día miércoles un clienta a quien le vendí unas zapatillas de casa, rematando mi transacción con: "estoy muy orgulloso de mi padre"

-Yo pensé que era un vendedor nomás-agregó la clienta cuando recibía el vuelto.

-¿De qué hijo me está hablando señora?

Cuando fueron tres los clientes en hacer comentarios respecto a un hijo suyo, él me preguntó si sabía algo.

-A lo mejor usted tiene un hijo y no lo sabe don Eusebio.

-Pero es raro... me lo dicen como si "ese hijo" estuviera no sé... acá... o en la calle, jugando... ¡Qué sé yo!

-Quién sabe don Eusebio. Uno nunca sabe dónde tiene un hijo.

Había sido la primera vez en meses que él se me acercaba consultando mi opinión, sin llamarme “oye huevón”, “oye tarado”, “oye palitroque”.

Me llamó “Oye”.

Alguna vez lo escuché hablar con un chino que le vendía sandalias por kilos y cuando el oriental le preguntó por su hijo, mi jefe dijo que no lo necesitaba. Ni hijos, ni familia, ni parientes.

-Le puse a la zapatería “Eusebio e Hijo” para que sonara a algo familiar nomás. ¿Se imagina si tuviera un hijo? Al principio se muestran inocentes, pero después uno no se da ni cuenta cuando te tienen con pañales y dopados en un asilo. Nos hacen lo mismo que nosotros les hacemos cuando son guaguas.

Después de notar lo perturbado que se mostró mi jefe con su paternidad, el recuerdo de sus palabras respecto a los hijos paseó de un lado a otro en mis oídos. Finalmente comprendí la clave a la hora de ser buen padre: no darse cuenta de aquello. Por lo mismo, cambié mi estrategia y oculté ser hijo suyo durante todo el día. Me encargué de desmentirlo en voz alta. Muy alta.

-¡No señora, don Eusebio no es mi padre!-grité muy cerca de una cliente, mientras le mostraba unas botas tacos de aguja en la vitrina.

-Ya niño, pero no tienes que gritar-dijo ella, acurrucándose contra el vidrio y tapándose los oídos con las manos.

Durante toda la tarde, pese a todas mis demoras y demás negligencias en el trabajo, don Eusebio no dijo nada. Es más. Mientras yo bajaba la cortina metálica, me ayudó, enseñándome una *maña* que facilitaba mi labor y además, dejó de contar sus ganancias por unos segundos para agradecerme sinceramente, haber negado ser hijo suyo.

-No sabes cómo me estaba empezando a molestar... ¡Tú, hijo mío!... deja que me ría-dijo él, reanudando su contabilidad con una sonrisa.

Esa fue nuestra primera conversación padre e hijo que tuve con *papá* Eusebio.

VI

Atención padres del mundo:

¿Han revisado últimamente la letra de la canción que sus hijos andan tarareando?

¿Se atreverían a buscar lo que ellos ocultan bajo la cama?

¿Quién será aquel joven con quien sus hijos comparten la mayor parte del día y cuando no está con él, aparece como tema de almuerzo, cena y desayuno?

¿De qué hablarán en voz baja?

¿Supieron de la película casera filmada con la cámara digital que ustedes mismos les regalaron para la última navidad?

¿Sabén que hablan solos por las calles?

¿Y el perrito que de pronto desapareció?

¿Les gustaría ver los dibujos que hacen en las últimas hojas de sus cuadernos cuando las clases se ponen muy aburridas?

¿Soportarían enviarlos a hipnosis y que les cuenten las fantasías que pasan por sus cabezas durante esa misma clase?

¿O cuando ustedes les hablan?

O peor aún: ¿les han preguntado últimamente si ellos los quieren?

¿Y ustedes a ellos?

VII

El jueves llegué a la hora y don Eusebio bromeó con ello.
-¿Y este milagro? Parece que va a llover.

Al principio no comprendí el chiste y vine a caer en cuenta de su humor, cuando volví con el diario del día, apuntándole con mi dedo la página donde el pronóstico anunciaba un día soleado. A él eso le pareció gracioso y me revolvió el cabello con su mano, diciendo: "¡Este cabro chico!"

Hasta ese momento, sólo mi profesora jefe de quinto básico-la señorita Amalia- había revuelto mi cabellera y eso fue porque el director del colegio había ordenado buscar piojos en las cabezas de los niños. En esa ocasión yo fui el único infestado en mi curso y me mandaron al frente de la sala de clases, junto al pizarrón donde la señorita Amalia dibujaba con tiza un piojo y una liendre, explicando los daños provocados por ambos. Para ilustrar mejor sus enseñanzas, llamaba a los niños para que vieran a través de una lupa mi cabeza.

-Eso blanco de allí es una liendre -decía ella, procurando que las cabelleras de mis compañeros no tocaran la mía-y corresponde al huevo del piojo. ¡Ven eso que va corriendo por el pelo! Eso es un piojo adulto.

Después entró una enfermera del consultorio y echó lindano con agua sobre mi cabeza. Mientras esperaba a que hiciera efecto, también se encargó de repasar a nuestro curso, las consecuencias de una pediculosis. Dijo que dependiendo del grado de infestación, yo podría haber muerto.

La cabeza me ardía, sentí pequeñas punzadas por todo el cráneo y las atribuí al clamor de todos esos piojos alojados en mi cabellera. Si bien en los dibujos de la pizarra se veían feos y con aspecto de vampiros, yo sentí pena por ellos. Me imaginé como si yo fuera el encargado de un hogar de menores de lujo y gratuito ubicado en mi cabello, rociándolo con gas al

momento de tener las habitaciones llenas y con sus moradores durmiendo.

No sé cuánto rato tuvo su mano en mi cabeza papá Eusebio, pero alcanzó para recordar lo anterior. Cuando él la quitó y volvía a su puesto tras la caja registradora, yo le pregunté:

-Don Eusebio... ¿usted nunca me va a echar lindano, cierto?

VIII

Descansemos de mí un momento.

Atención a la siguiente historia. Se llama "La muerte de un apellido".

Un hijo único hereda la nariz y orejas gigantes de su padre. De su madre, se le atribuyen la visión borrosa y la obesidad. Durante años, ese niño ha pedido sendas cirugías para borrar las herencias físicas de sus padres. Ellos, pese a sobreprotegerlo, cuidando por ejemplo de equiparlo en todo momento con rodilleras y coderas cuando sale a jugar al patio, se niegan con más fuerza a cada nueva petición de su hijo. Cada vez que el niño se cae y asoma una oportunidad de hemorragia, ellos lo llevan a la clínica más cara de la ciudad. En esas ocasiones, el niño, púber y finalmente adolescente, aprovecha de reclamar por las intervenciones estéticas. En una oportunidad-en el cumpleaños número dieciocho de su hijo-el padre se enoja y dice: "Cuando estemos muertos y recibas el dinero de nuestra herencia, entonces podrás hacerte todas las operaciones que quieras". Camino a comprar la torta, los padres del joven mueren en un accidente automovilístico. Una hora después de sepultar a sus padres, el huérfano va y coordina una cita con un cirujano plástico, quien dice no tener problemas para operarlo. Sin embargo, las pruebas de laboratorio demuestran que ese hijo padece de una enfermedad que hace imposible pensar

en cualquier procedimiento. *Hemofilia*. Le dicen al joven que es de carácter *hereditario*, que no hay de qué preocuparse y que incluso los hijos de los últimos zares de Rusia tenían esa enfermedad. "Sólo debe procurar no cortarse o provocar una hemorragia. Eso incluye un bisturí", le dice el cirujano. Él corre de inmediato al cementerio y maldice sobre la tumba de sus padres hasta quedarse dormido entre ambas sepulturas. Por la noche, ellos salen de sus sepulcros con la intención de pedir perdón y explicarle a su hijo, a su heredero, que antes de ellos, sus propios padres-los abuelos del joven-les entregaron la herencia que pesa sobre él. El hijo, sin ninguna muestra de pavor o incredulidad ante lo que ve, propone a sus padres ir en busca de explicaciones hacia las tumbas de sus abuelos. Al llegar a las tumbas de los abuelos paternos y maternos, la historia de perdón y la consiguiente propuesta se repite. Hasta que un día, el joven se ve perdido, viejo y solo, acompañado por más de cien cadáveres ancestrales y buscando la tumba de algo mucho más allá que un tatará-tatará-tatará-abuelo. En su viaje se ha olvidado de la hemofilia, la nariz, las orejas, la ceguera y la obesidad. Un día se sienta fuera de un cementerio y muere sonriendo, porque según él ha encontrado la felicidad: "Muero feliz, porque gozo de la paz y tranquilidad de saber que nadie más sufrirá mis padecimientos por mi culpa" –y dirigiéndose a todos sus ancestros, todos en franco estado de descomposición, agrega: "Ustedes debieron quedarse en casa, en vez de salir a jugar a la familia".

Y junto con él, murió un apellido que ya nadie recuerda.

IX

"Papá Eusebio y yo". Me gustaba la rima invisible e inaudible en esa frase.

Pero no por formar una linda pareja padre-hijo, estuvimos inmunes a las crisis de otras relaciones similares.

Nuestro día viernes fue de contrastes.

Volvió a reprenderme por llegar atrasado (nueve y media) y amenazó con echarme de la zapatería. Más tarde me felicitó porque logré vender unos mocasines color café claro (originalmente café oscuro), que llevaban más de un año en la vitrina. Las palmadas en mi espalda se prolongaron cuando le mencioné haber cobrado casi el doble del precio. En mi media hora de almuerzo, tomé un helado de postre y por el apuro, sin darme cuenta manché la corbata a la altura del nudo. Cuando me vio llegar, me tomó del cuello y me puso frente a un espejo de la vitrina, gritándome frente a unos clientes.

-¿Es que acaso comes como los chanchos?-decía él, indicando con su dedo índice la mancha de chocolate sobre mi prenda blanca.

Preguntó si había venido alguien por el puesto de vendedor. Dije que no y suspiró hacia el cielo.

Me mandó a ordenar la bodega. Quiso una reorganización de la mercadería. Calzado de hombre a un lado y el femenino al otro, para dejar el espacio de en medio para la línea deportiva. Cuando pensé haber finalizado mi tarea (¿castigo?), él se enojó más y me mandó a separar el calzado por número, independiente si era masculino o femenino, deportivo o no, con o sin tacos, verano o invierno. Terminé ese ordenamiento cerca de la hora de cierre. Justo cuando iba a avisarle de ello, él llegó a mi puesto con una lata de Coca-Cola. Se mostró muy agradecido y contento por el orden, pese al desastre evidente.

Me dejó la gaseosa y fue a contabilizar las ganancias del día, con la cortina del local abajo, sin candados y sentado frente a la caja registradora.

Mientras disfrutaba lo que me había dejado del refresco, recordé la conversación de unos estudiantes en la biblioteca de una universidad a la que yo iba, aparentando estudiar algo que no recuerdo.

-¿Y le dijiste?-decía uno.

-No, ni loco-respondía el otro.

-¿Por qué?

-Porque mis papás son muy raros. Un rato todo bien y después todo mal. A veces ni se enojan porque llego tarde y con escándalo, pero pobre de mí si piso las plantas del patio. ¿Te conté que una vez no me dejaron salir el fin de semana porque olvidé apagar la luz del baño?

Al parecer el amor de los padres a sus hijos se comporta de acuerdo a las reglas de una montaña rusa, una travesía en bote a través de las olas del mar o el vaivén de una avioneta en dificultades: una rato arriba, un rato abajo, un rato arriba, un rato abajo.

Papá Eusebio lo estaba haciendo bien.

Una vez terminada su contabilidad, me dijo que nos fuéramos y nuestra despedida casi fue de las mejores.

-Oye. No vengas ni mañana, ni el domingo. Yo me las puedo arreglar solo.

Lo que oí después, cuando ya tomaba impulso con mi bicicleta, prefiero pensar que pudo haber sido cualquiera quien lo dijo menos él, pese a la soledad de la calle a esas horas de la noche.

Si vienes, me sales muy caro, no sales a cuenta los fines de semana-dijo esa voz. La fui dejando atrás a medida que mi bicicleta iba ganando velocidad y no me detuve hasta confundir esas palabras con ruidos de automóviles, el chirrear de la cadena de mi bicicleta y el monótono discurso de las luminarias en calles desiertas. Cuando no quedaron más palabras para diluir durante el trayecto a mi departamento, otras, unas mucho más antiguas, salieron por mis oídos para perderse por allí.

¿Cómo te llamas hijo?

¿Por qué la empleada te hizo una torta hoy?

¿Dónde está su habitación?

Ahora no tengo tiempo. Ni más tarde tampoco.

Entré al edificio sin ganas de mirar atrás y dar alguna pista a esa estela de frases, quizá perdidas por un momento, pero deseosas y muy capaces de encontrarme, pese a la oscuridad, la distancia y al grosor de las murallas donde vivía.

X

Nuevamente, presten atención a lo siguiente.

Nunca cursé una carrera, pero sí asistí a algunas clases.

Mal que mal, cualquiera puede entrar a la universidad.

Fui a distintas clases de varias facultades.

En biología celular, un estudiante de medicina se hurgaba la nariz y comía lo que sus dedos encontraban.

En derecho romano, una chica se hizo diez trenzas, repartidas simétricamente en ambos lados de su cabeza.

En química orgánica II, un aspirante a químico farmacéutico fue reprendido por su profesor, porque apuntaba un tubo con ácido sulfúrico hirviendo hacia los rostros risueños de sus amigos.

En su examen de grado, un zoólogo dijo que su concepto de preservación pasaba por preocuparse en conservar las especies de animales más abundantes y no considerar las minorías.

Padres del mundo: he aquí una muestra de sus hijos, adultos del futuro, encargados de defenderlos, medicarlos, educarlos y todo lo demás.

XI

El sábado pasé en bicicleta por fuera de la zapatería y había un joven muy parecido a mí: pantalón negro, camisa roja y corbata blanca.

Desde mi asiento en la vereda de enfrente y cubriéndome con mi bicicleta, me dispuse a ver la película muda que representaron esa mañana papá Eusebio y ese desconocido. Debo reconocer la eficiencia de ese vendedor. No se hacía problemas para acarrear cuatro cajas de zapatos y atender a un nuevo cliente simultáneamente. Lo más impresionante fue cuando estando con tres compradores distintos, una señora se le acercó para consultarle la hora y una dirección. Él sonrió, dijo algo a sus clientes y acompañó a la mujer a la salida de la tienda para darle las indicaciones, gesticulando con su brazo estirado una serie de bifurcaciones, cruces y líneas rectas. Papá Eusebio dejó de prestar atención al dinero de su caja registradora, para unirse a la admiración de sus clientes, quienes se manifestaban satisfechos con el calzado traído por su vendedor.

¡Y no perdía el tiempo!

Cuando alguien se mostraba indeciso por su compra, él le tocaba el hombro hablándole con una sonrisa. Entonces lo dejaba con muchos pares de zapatos o zapatillas, mientras se iba a rociar limpiavidrios en las vitrinas. Pulía los ventanales con tanto esmero, que el sonido agudo dado por el contacto del paño sobre el cristal limpio, lo escuchaba desde mi puesto al otro lado de la calle. Me hacía estremecer, como cuando oía un tenedor arañar un plato.

Una vendedora de manzanas confitadas pasó por fuera de la tienda y papá Eusebio la llamó. Ella dio unas vueltas por fuera antes de decidirse a entrar, duda comprensible por la fama de papá Eusebio en echar –a escobazos incluso– a todos los vendedores ambulantes.

Comieron manzanas cubiertas de caramelo, lamieron sus dedos con los restos del dulce y se rieron por la fruta pegándose en sus labios y dientes. Ambos se desilusionaron de la golosina cuando sin la cubierta rojiza, quedó en evidencia una simple manzana.

También hablaron. No importó la boca desbordando trozos de fruta. ¿Serían dulces esas palabras provenientes de lenguas azucaradas?

Sentado enfrente, los vi fracturados a través de los rayos del neumático trasero de mi bicicleta. O mejor dicho, multiplicados.

Yo me quise unir a la diversión, de manera anónima y a distancia eso sí.

De pronto me encontré mascando la goma del neumático, cuyo sabor de seguro distaba al gusto de aquellas manzanas confitadas.

XII

Hace tiempo, cuando aún vivía en Puerto Varas, por el canal local pasaron un programa especial, dedicado exclusivamente a debatir una "ola de parricidios" ocurrida en el sur. Recuerdo a los panelistas: estudiantes de sociología, oriundos de Puerto Varas. Como la grabación fue hecha durante semana santa, aprovecharon la visita de los alumnos a su ciudad de origen. A manera de introducción se analizó el último caso del mes: en el sector de Panitao Bajo en Puerto Montt, un hijo borracho toma un hacha y corta las extremidades de su padre y mientras espera su desangramiento, se queda dormido frente a él. Es descubierto por un vecino, cuyo perro se encontraba lamiendo la sangre escurrida bajo la puerta. Abre la puerta de una patada. Ve al asesino roncando y tumbado sobre una silla, la cabeza echada hacia atrás y con el hacha muy firme en su mano de-

recha. Segundos después se despierta y pregunta a su vecino: "¿Has visto al maricón de mi papá?". Cuando se da cuenta del lago de sangre bajo sus zapatos, sigue el rastro de los afluentes hasta dar con los cuatro ríos rojos provenientes de los brazos y piernas de su padre. Entonces, hacha al hombro va hacia la comisaría y denuncia que su padre se acaba de suicidar.

Los estudiantes analizan la noticia y para la evidente sorpresa del conductor del programa, hacen una sutil defensa del homicida, con argumentos alusivos a trastornos de personalidad y el dominio de un evidente *alter ego*. Incluso se debate una supuesta petición del padre hacia el hijo, en la cual el primero habría rogado por ser mutilado.

Uno de los estudiantes dice: "Así como el Nilo se volcará por siempre en el Mediterráneo, el destino de todo hijo será por siempre, asesinar a sus padres, metafórica y no metafóricamente".

El conductor pasó de inmediato a los llamados telefónicos, donde las preguntas a los telespectadores se desprendieron de la siguiente premisa: "¿Ha pensado alguna vez, asesinar a uno o ambos padres?".

Un ochenta y siete por ciento confesó haber reprimido el impulso.

Un cuarenta y siete por ciento planeó acabar con ambos.

Un sesenta y cuatro por ciento lo consideró dos o más veces.

Un veintisiete por ciento dijo que el hijo del caso analizado, fue un mártir.

Ante el creciente apoyo al parricida y a los estudiantes, el programa fue sacado del aire y en su lugar pusieron la película *Los Diez Mandamientos*. No comenzó desde el principio, sino de inmediato con la escena de Moisés arrojado al río por su madre. Incluso después de la súbita interrupción del progra-

ma, yo intenté comunicarme, pero las líneas seguían saturadas. Lo único que yo quería, era manifestar mi apoyo a la tesis del suicidio planteada por el *presunto* parricida.

XIII

El domingo no nos vimos.

Desperté muy temprano y recorrí con la vista mi departamento de un ambiente. No demoré mucho en ese ejercicio, como así tampoco no me tomó mucho tiempo darme cuenta que por instinto, desde que me fui de casa, mi vida siempre se ha asentado en lugares poco propicios para la vida en familia.

Ni siquiera por curiosidad se me ocurrió ir a dar una vuelta frente a la zapatería. En cambio, fui a recorrer el paseo Bulnes en bicicleta y me encontré con muchos padres e hijos, compartiendo pelotas de colores cítricos-fluorescentes, globos rojos reflejando la luz del sol, muñecos *Disney* que superaban el tamaño de los pequeños. Todo lo anterior era secundado por un rastro de golosinas o los envoltorios de estas.

Papás de fin de semana.

Me senté en una banca y mientras escuchaba a un niño exigir a su padre la compra inmediata de un helado, pensé en papá Eusebio. ¿Estaría acaso, elevando un volantín con ese otro vendedor en algún parque? ¿Sería el "e Hijo" que anunciaba el cartel de su negocio? ¿Por qué había cambiado tanto conmigo y tantas veces?

Después, "el niño exigente de helado" vaciaba una lata de *Coca-Cola* recién abierta, a cinco metros de su padre. Observé las manos de ese hombre y se cerraban alrededor de un pequeño cuello invisible, de igual diámetro al de su hijo. La felicidad absoluta del pequeño, estaba dada por borrar la sonrisa en la cara de su padre.

-Si de verdad lo quieres matar –le dije al hombre-, es mejor que lo hagas ahora. Si no, ya vas a ver.

El tipo pensó que estaba bromeando y se rió. Las risas pasaron a carcajadas cuando le dije “no estoy bromeando, te lo digo en serio”. Cuando la misma frase se la dije cinco veces, recién entonces consideró la seriedad de mi consejo. Miró a su hijo, quien arrojaba todos sus regalos a las palomas. Cuando volvió a posar su mirada en mí, le hice un gesto con mi dedo índice, como queriendo decir “te lo dije”.

Tomó a su pequeño de la mano, llevándoselo a la rastra porque el niño quería recoger su desparramo de regalos. Las palomas se quedaron picoteando un peluche del *Pato Donald*, un paquete de cabritas y los restos de gaseosa.

Me gusta pensar que ese hombre descubrió lo mismo que yo esa mañana: cada parte tiene su oportunidad de asesinar al otro, pero es por tiempo limitado.

Es cierto. Un niño hasta cierta edad -cercana a la mayoría de edad-, pide a gritos su eliminación y en caso de no realizarse aquella petición inconsciente, el hijo responde con una rebeldía, cuya única intención es decir: “¿Ves lo que pasa cuando no te decides? ¿Lo ves?”.

Sentado en la banca, rodeado de palomas picoteando los recuerdos de un padre e hijo de fin de semana, pensé en papá Eusebio y nuestra precipitada relación.

Durante cinco días pedí a gritos mi erradicación.

Volví a mi departamento, más sonriente que al comienzo de la semana, contento de haber sobrevivido. Impaciente por la llegada del día siguiente y demostrar que el tiempo de papá Eusebio había pasado.

Los de Puerto Varas también tendrán su instrucción.

Sin embargo, no importa lo ejemplar de esa última lección dictada por cualquier hijo. Las veces que es enseñada, ningún padre sobrevive para relatarla.

¿Será por eso que la historia siempre se repite, se repite y se repite?